

Tres voces catalanas ante Castilla: COROMINAS, «GAZIEL» y PLA ⁽¹⁾

Gracias a la gentileza de entrañables amigos, ocupó la docta tribuna de una de las Instituciones de mayor prestigio y ascendencia dentro y fuera del ámbito castellano, y exponente de los más altos afanes de esta tierra, repleta de épicas resonancias, como su mismo nombre, el noble y glorioso de Fernán-González, que evoca, ante todo, la figura más representativa, que en la alta edad media supo darle vida y contenido a esa Castilla inmortal de las más firmes virtudes. Cabe decir que el nacimiento heroico de Castilla como nación está íntegramente unido a la historia de Fernán-González, que supo unir con amor las dispersas huestes castellanas y darles un carácter y un contenido. Con él, Castilla se hace nación y comienza su esplendorosa epopeya.

Entonces era Castilla un pequeño rincón,
moros tenía Carazo en aquella sazón,
era de castellanos Monte de Oca monjón,
y de la otra parte, Fitero fondón.

Vengo, pues, a Burgos —cabeza de Castilla—, como un peregrino alucinado que pisa con unción y hasta con fe esos campos, testimonios de altísimas gestas. Cataluña y Castilla han estado permanentemente unidas, no por razones más o menos circunstanciales, sino por una empresa indestructible. Como decía hace pocos días José María Codón en un espléndido, yo diría luminoso, artículo publicado en un periódico barcelonés, la fraternidad catalana-castellana no ha cesado de brillar en estos últimos tiempos, principalmente a lo largo del tormentoso siglo XIX en que, muchas veces, el

(1) Este trabajo corresponde a la conferencia pronunciada en la Academia por D. José Tarín Iglesias, en la Institución Fernán González en el Curso 1978-1979.

vandalismo de unos y otros hacía que las cosas no marcharan como era de desear. Es un diálogo fructífero entre dos pueblos unidos por cascadas de piedra, simbolizados quizás por Ripoll, Poblet y Santes Creus por un lado, y Fresdeval por el otro, reliquia que tan bellas páginas inspirase a nuestro Víctor Balaguer. Quizás este monasterio de nombre catalán es lo que más hermana nuestros espíritus en este último siglo.

Asimismo, conviene que insistamos, por la otra cara de la cuestión que hoy nos lleva a esta tribuna, en que Cataluña se ha sentido siempre unida a la empresa común de España. Ramón Muntaner ya concebía una política conjunta de los cuatro reyes de las Españas: el de Cataluña-Aragón, el de Castilla, el de Mallorca y el de Portugal. Modernamente, Ferrán Soldevila ha comentado algunos de esos hechos, destacando que son indicios de que, hasta en períodos de vida independiente o en espíritus tan profundamente catalanes como el del propio Muntaner, ha existido un sentimiento más o menos definido de conexión espiritual hispánica.

Para un escritor y periodista, nada hay tan fácil ni agradecido como hablar de Castilla, pero en esta ocasión quisiera hacerlo con textos de escritores de nuestra región, de las más variadas significaciones, porque por encima de todo destaca un profundo amor y una constante admiración a esa tierra. Ese conocimiento entraña una entrega total y una comprensión quizás muchas veces —y válgase la redundancia— poco comprendida. Si un día Juan Maragall escribió «*Oda a España*» en la que apostrofaba a los patrioterros que dejaron hundir a un país estéril y sin contenido, otro concibió su «*Himne ibérico*» en el que campea una visión enteramente futurista e iluminada de España, por encima de escollos y antagonismos, y mucho antes no es tan sólo Víctor Balaguer al que le placía encontrar vivas en este propio Burgos voces catalanas, sino que eran muchos otros catalanes los que lo hacían. Acordémonos, a guisa de ejemplo, de Jacinto Verdaguer, el más alto cantor de la Hispanidad, o del Obispo Torras y Bages, que escribió admirables páginas en torno a Santa Teresa de Jesús. «En nadie la gracia divina es más graciosa, ni parece tan natural, ni la grandeza tan tratable, ni la sabiduría tan comprensiva, ni la bondad tan comunicativa; por lo cual, en ella la gracia helénica debe ceder a la gracia castellana, como la gracia humana debe ceder a la divina».

Si en el campo de las letras existe una constante correlación, en el jurídico, desde antiguo, se aceptaban las enseñanzas y la doctrina de autores castellanos que escribieron a base del Derecho Común medieval, que es el vigente en Cataluña, y por cuyo motivo podemos aceptar sin ningún recelo —afirma Martí Miralles— y con toda la efusión de nuestro criterio jurídico la doctrina de aquella serie de juristas castellanos, cuyos nombres cons-

tituyen un título verdaderamente glorioso para la ciencia del Derecho. Nombres como el de Gregorio López, el incomparable glosador de las «Partidas»; el de Diego Covarrubias; el de Antonio Gómez, celebrado y citado por los juristas de todos los países, y sin perder de vista los de Amostazo, el de García y el del decretalista González, consultado y citado repetidamente en las congregaciones romanas. Y el propio Martí Miralles, en sus «Principios de Derecho sucesorio», señala que los estudiosos del Derecho en Cataluña hacen justicia a los merecimientos de los grandes juristas castellanos. Y más atrás todavía, Joan Pere Fontanella de Olot, jurisconsulto eminentísimo, como le calificaba la Rota Romana, utilizaba muchas veces las «Partidas» como la mejor interpretación de aquel Derecho Común, glosado asimismo en nuestros días por el preclaro Ramón de Abadal en su famosa tesis doctoral «Les Partides a Catalunya durant l'Edat Mitja».

Gracias, pues, por prestarme unos momentos de atención para que lleve hasta vosotros esas ofrendas, no de un signo o de otro, sino de todos. En esos tres escritores, de los que hoy me atrevo a hacer de portavoz, está la representación más esencial y fecunda de esta Cataluña que, junto a las doradas riberas del Mediterráneo, vive, reza y trabaja. En esos tres se recogen, posiblemente, las más egregias tendencias que han predominado por espacio de un siglo. En Pedro Corominas, Agustín Calvet «Gaziel» y Josep Plá, se condensan las más autorizadas corrientes de nuestro pensamiento, en un amplio y dilatado abanico en el que predomina un claro y concreto sentimiento de infinita comprensión. Si antaño Castilla estuvo inmersa constantemente en nuestra vida intelectual y jurídica, hogaño lo continúa estando, si cabe, con mucha más fuerza.

Esa Castilla silenciosa y ondulada es la que inspiró bellas páginas a los escritores catalanes. En ellos, el paisaje tiene una sutil belleza, pero ante todo se ha adentrado en ellos esa tierra batida por la historia, galopada por mil capitanes, esa tierra de pan llevar, que dio a España una lengua y una Isabel.

El primero de este tríptico, por razón de su ubicación en el tiempo, es Pedro Corominas, andarín por los caminos de Castilla del brazo de Miguel de Unamuno, y que junto a Juan Maragall es la figura más representativa del 98 catalán. La personalidad de Pedro Corominas, a quien yo conocí y traté en las postrimerías de su vida, ha sido totalmente desvirtuada por la política militante. En él existen dos aspectos, uno literario —de primerísimo orden— y otro político, totalmente secundario. Humanamente era un personaje fabuloso. Podríamos decir de él que la política arrebató a las letras catalanas uno de sus más firmes valores.

No fue, ciertamente, un escritor profesional. No sacrificó la vida a la literatura, sino que convirtió en materia literaria las experiencias vividas.

Manuel de Montoliú le calificó de «modernista y educador». Su pasión humanística abarba las más diversas manifestaciones de la cultura. A principios de siglo es, posiblemente, cuando se acentúa la amistad con Juan Maragalla, que, al decir de Corominas, es el «verdadero poeta de Cataluña». Los dos, por otra parte, están estrechamente vinculados a Miguel de Unamuno, y son, en definitiva, los dos escritores que sirven de puente entre Castilla y Cataluña. Como nacionalista —ha escrito Juan Fuster— no quiso dar a su catalanismo el tono «anticastellano» que tan a menudo suele envolver las reivindicaciones catalanas. Al contrario, su actitud comprensiva respecto al «hecho nacional» le indujo a estudiar de cerca la realidad castellana en sus dos libros *«Por Castilla adentro»*, que, según Díaz-Plaja, hace notar la diferencia entre el recuento de joyas y galas en el «Poema», en el «Romancero» y en los libros de caballerías, que apenas descubren estos valores materiales y suntuarios, y *«El sentimiento de riqueza en Castilla»*, que constituye valiosos ensayos literarios, principalmente el segundo, que es un libro único, inteligente, bien observado, de gran trascendencia y quizás no aprovechado como merecía. Existe un momento en que Corominas analiza el sentimiento de riqueza y la forma de ser de los castellanos. Nadie —escribe— había preparado a los conquistadores para la realización de su empresa, ni fue ésta de organización real o administrativa, sino eminentemente popular. Con sus romances viejos, y poco más de religión de lo que entra en un Padrenuestro, amparado el pecho bajo sus armas y bien segura la espada en la diestra mano, fueron allá los más de ellos por su propia cuenta.

Es su obra más importante; la de un mayor equilibrio y la mejor estructurada. En ella palpita un sentimiento de cordialidad y de extraordinaria ternura por estas tierras secas, dramáticas, sin matices, con un fuerte contraste de luz y sombra. Posiblemente —y esto debió ocurrirle a Corominas— lo importante del paisaje castellano no es su configuración externa, sino el ensalmo con que esa configuración cala con hondura en quien lo contempla.

La obra es extensa. Habla de la monarquía leonesa, de los comuneros, de las Cortes, de viejas crónicas, del sentimiento de realidad en los libros de caballerías; páginas deliciosas, en las que sale a flor de labios el nobilísimo espíritu castellano, y afirma que «sólo un pueblo inflamado por la fe, en la ilimitación del esfuerzo humano, pudo crear y poner en boga esa literatura caballeresca».

Habla, estudia, analiza las circunstancias de Castilla en la formación de España y en su unidad. Hay un momento en que Pedro Corominas, con toda su humanidad —que era mucha—, advierte que quienes circulan por las calles de las ciudades y pueblos de Castilla no son «gente disoluta ni excesivamente desmedrada. Las familias viven regidas por una interna ley de amor, en que la autoridad del padre se hace virtud en la obediencia de los hijos. Ni se conoce apenas el estigma de la mujer que no quiere ser madre, ni nacen hijos ilegítimos en la proporción que en otros países, ni el joven deserta de su deber, ni se pone excesiva sensualidad en los placeres».

Hombre de su época, influido y educado en las esencias de la Institución, en el Pedro Corominas de ese tiempo es difícil hallar algún rasgo de intemperancia, y, así, puede escribir que el sentimiento religioso de los españoles era sincero y no requería grandes signos exteriores para manifestarse. Apenas —añade— se nos dice nada de la contrucción de templos, pues utiliza los que habían levantado a los ídolos, después de limpiar las capillas de la sangre de las víctimas. Les basta una Biblia o un Breviario y una cruz. Y es que a todas partes va con ellos ese altar que llevan levantado en el corazón».

Durante sus años de vida madrileña —oscuros y tristes—, recorre Castilla. Se la han enseñado los amigos y discípulos de Giner. Cuando supe el camino —nos cuenta— emprendí largos viajes a pie, en que alguna vez, por seguirme, Eduardo Marquina perdió sus bellos zapatos de charol. Otras veces, es con Unamuno con el que lleva a cabo aventuras un tanto románticas, como aquella en que refiere, casi jocosamente, que fueron a Zamora a sublevarla en unión de un diputado liberal.

Un día vino a Burgos para revivir única y exclusivamente los recuerdos del Mío Cid, en la iglesia de Santa María, donde «fincó los inojos y el corazón rogaba»; en la puerta de la posada, donde dio con el pie que había sacado de la estribera; en el castillo que fue morada de los judíos Raquel y Vidas; en la gleba del río en que plantó su tienda y posó como si fuese a la montaña.

Este paisaje, singular y casi alucinado, se apoderó de él por entero, así como esos campos amarillentos donde malapacentan ganados escualidos: los pedregales, entre los que se secan riachuelos mortecinos; los trigales pobres, que no se sabe cómo cubren el trabajo que en ellos se emplea. Es toda la grandeza austera de Castilla la que palpita en ese gran corazón de Pedro Corominas. Mi experiencia del paisaje castellano me lleva a decir —escribiré— que la dura desnudez de los espíritus de Castilla debe

atribuirse al sentimiento de la naturaleza. Si la contempláis con ojos de miniaturista, observaréis que la hierba es aquí más corta y fina que en otras partes; en las minucias, en las imágenes aisladas, notaréis gentiles sutilezas, aristas agudas, siluetas románticas. Pero dejaos llevar por esa oleada infinita de luces y de sombras, y un árido sentimiento calderoniano os sobrecogerá. La tierra no es riqueza, es señorío —exclamará en otro instante—; sobre ella no basta la quieta posesión, más es necesaria la acción espiritual del señorío, una razón de poder, una virtud indefinible que imprime dignidad y convierte la fuerza de los reyes en fuero de justicia. Porque es lo cierto que el hombre, con sólo ser hambre, toma en sus manos la riqueza y la transforma y la somete a su albedrío y se la lleva en pos de sí. Pero la tierra no; la tierra no es riqueza, es creación de Dios, por lo que es bien notorio que hay en su disfrute una atribución de justicia que nada se cambia aprehendiéndola con las manos, porque ella he de quedar allí formando, indisolublemente, parte de ese Estado que tomó carne en el rey, que es albedrío de todos y virtud de todos.

Rey que no hace justicia — no debía reinar,
ni cabalgar en caballo — ni espuelas de oro calzar,
ni comer pan a manteles — ni con la reina holgar
ni oír misa en sagrado — porque no merece más.

Dejemos a Pedro Corominas en ese mar de silencios, de llanuras y suaves colinas; esa soledad que cobija en las mismísimas y pardas aldeas, miseria y sacrificio, grandeza de alma y total sencillez, para dar la mano a otro insigne catalán y recorrer, quizás, esos páramos sombríos de Machado o esos caminos bien tostados que se estiran por las llanadas, y se detienen en los caseríos terrosos para tomar aliento y sacudirse el sol. Azorín decía que existen en Castilla caminos que son nuevos, y los hay que se llaman «viejos». Por ellos han transitado las generaciones que nos han precedido. Y por ellos ha discurrido toda la muchedumbre de gentes que, de una forma u otra, han creado Castilla.

En el panorama de las letras de los tiempos actuales, Agustín Calvet, más conocido por el seudónimo de «Gaziel», tiene un lugar reservado. Era uno de los catalanes que, sin menoscabo de la más alta comprensión, reaccionaba siempre a base del buen sentido, pensando constantemente en la eficacia.

Son indismontables hasta el punto de que a veces acaban por romper los nervios a espíritus más brillantes y más impremeditados. Por encima de todo, «Gaziel» fue un escritor considerable en la historia de las letras ca-

talanas, pero, indudablemente, donde alcanzó altas cotas fue en el campo del periodismo. Corresponsal de «La Vanguardia» en París en los días de la primera guerra mundial, fue descubierto por Miguel de los Santos Oliver, el inolvidable escritor mallorquín que dirigía el periódico barcelonés, y del cual sería sucesor. En la prosa de «Gaziel» hay nostalgia, pero también belleza. Es sobria y eficaz y, como decía mi amigo Leandro Amigó, a menudo vibra y sorprende.

Cuando hablaba, «Gaziel» lo hacía con seriedad y agudeza, y a menudo salpicaba el diálogo con un humor sensible y una simpatía cálida y tierna.

Agustín Calvet, «Gaziel», formó parte de una generación a la que se suele llamar la «segunda generación del Institut d'Estudis Catalans», que tuvo hombres de la talla de Ramón de Abadal, Agustín Durán Sampere, Fernando Valls Taberner, Pedro Bosch Gimpera, Jorge Rubio y Balaguer o José Carner, núcleo humano de indiscutibles afinidades, que trabajaron infatigablemente por el país con una labor ingente y contrastada, sin la menor caída en el espíritu adocenado. Casi todos fueron hombres que se dedicaron a la investigación y al estudio de las ciencias históricas. Como director de periódico, podría ser visto desde dos puntos: como articulista y como organizador. Escribió de una forma tensa, fluida, clara, un poco lenta, permanentemente inteligible y admirable. Sus artículos semanales llegaron a ser muchas veces el sentimiento general de una gran masa de la población. Durante muchos años, alumbró las ideas de la burguesía ilustrada, como medio siglo antes hiciera Juan Mañé y Flaquer.

La visión y las circunstancias llevaron a «Gaziel», en la plenitud de su vida, a recorrer mundo. Lo hizo sin mucha fortuna. De una Europa casi entre llamas, saltó al continente americano, donde, desgraciadamente, debido a una especialísima coyuntura, tampoco encontró demasiado eco, volviendo a España y estableciéndose en la capital, donde alentó varias empresas editoriales. Eran momentos difíciles, que él soportó estoicamente. Fue entonces cuando descubrió a Castilla, con toda su belleza. Hay un momento en que se encara con ella para dejarse invadir por la sensación del tiempo que, inexorablemente, pasa en marcha tan rápida y envolvente que lo arrastra todo.

Era, más o menos, en la primavera de 1950 cuando «Gaziel» inició una peregrinación que le conducirá a escribir su «*Castilla adentro*» —título muy parecido al de Pedro Corominas—, uno de los libros más sugestivos de estos últimos tiempos, que en algunos momentos parece acercarse a la temática de Azorín. Escrito originariamente en catalán, fue vertido por él mismo al castellano. Son páginas admirables, en las que, en primer lugar, describe un delicioso viaje a Cepeda la Mora, nombre sabroso de un pueblo

de Avila «al que encontré —señala— un gran sabor a siglo XVI castellano, como ciertos personajes de las «Novelas ejemplares» de Cervantes o de las comedias de Lope de Vega». Castilla, con la diversidad de su paisaje y la riqueza de su espíritu, sabe retener todavía el pensamiento y la mirada del caminante. Algo de esto le ocurre a «Gaziel» cuando se dirige a aquella localidad de escasa población, con antecedentes moriscos, que se nos asemeja a una reliquia, aún fresca, de un pasado memorable.

El célebre autor del «*Diario de un estudiante en París*» se abisma en la contemplación del paisaje radiante de Castilla; paisaje con alma, con misterio —tierra y cielo absolutos—, en cuyo recinto quisiera penetrar. «Las pequeñas poblaciones que encontré en el camino parecen hechas de barro seco, con torres y campanarios del mismo material». Es el corazón de la Castilla mística y caballeresca.

La prosa de «Gaziel» se hace prodigiosa. Un cielo altísimo, seco también como los hombres, que no esponja ni llena el corazón, y sólo lo endurece.

El paisaje castellano es, para el forastero, auténticamente memorable. «Gaziel» anda por la montaña, allí donde la vida, por su contacto con la naturaleza y su cercanía del cielo, se hace más perfecta. Parece ser que aquellos pastores inmóviles, con la barbilla apoyada en el cayado y las rodillas recogidas, continúan con la misma postura a través de los años, y aún de los siglos. Siguen perdidos en quién sabe qué vagos sueños, se confunden con la tierra, formando parte de ella. Y aquella gente —nos dice «Gaziel»— me lo daban todo, sin apenas decir palabra, pero de aquella manera tan noble, tan castellana, única en el mundo, como sólo sabe hacerlo una raza extraordinaria, acostumbrada a menospreciar casi todos los bienes terrenos.

Ese paisaje de Castilla engendró, en la religión el místico, y en la política el hidalgo, las dos ruedas que hicieron andar a los antepasados por esos mundos de Dios y de Castilla, que siempre se apresuró a ganar anchos mundos para poder luego ofrecérselos al Altísimo.

La ascensión ha sido dura, bajo unos arbolillos finísimos que dan la sensación de estremecerse, y «tras la caminata que nos dimos —cuenta— por la soledad morada de esas costumbres tan ásperas, llenas de agujas de hielo invisibles, una comida, regada con el vino negro de las tierras calientes de Toledo o Ciudad Real, ha sido la salvación de nuestro cuerpo, al reconfortarnos el alma».

El paseo por Castilla se hace largo y placentero. En el relato, se deja sentir una fuerte influencia azoriniana. Todas las ciudades en general —di-

rá— yo las encuentro encantadoras, cada una a su modo. Ciudades y pueblos grandes, se diría que son femeninos, al contrario de los pueblecillos y villorrios, masculinos casi siempre. La femineidad la demuestran los pueblos y las ciudades por la coquetería con que aprovechan cualquier encanto natural —un riachuelo, un estanque, un lago, unas praderas, unos jardines, una arboleda o una hilera de arbustos— para ponerlos de relieve; y también por la pulidez y brillo que se dan ellas mismas, con toques de discretos maquillajes. Mientras que los pueblos y villorrios no tratan de embellecerse, ni se avergüenzan de mostrar su realidad.

La visión de Castilla de «Gaziel», dijo en cierta ocasión un conocido comentarista, no se parece casi nada a la que nos dieron los más señalados escritores, como Azorín, Unamuno, Ortega y Baroja. La de «Gaziel» es fruto de una manera muy distinta de ver, y también de admirar, aquel mundo geográfico, místico y espiritual. Es asimismo la de un peninsular, pero especialmente periférico. En una palabra: es la de un catalán representativo. Y tal vez lo más interesante de ese enfoque del pasado y del presente, que nos ofrece «Gaziel», sea su amplitud generosa. Pues ese catalán irreductible, ampurdanés por más señas, no es de los que entiendan que la verdadera libertad colectiva se consigue encerrándola en parcelas o cotos lo más pequeños o estrechos posible, antes bien, derribando cuantas viejas vallas la oprimen, es decir, universalizándola.

Y, llegamos al último de los escritores de nuestra trilogía: Josep Plá. El único viviente —y por muchos años— de los tres. El paisaje de Josep Plá es delicadísimo. Desde hace muchos años vive inmerso en el campo, alejado del asfalto de la ciudad; allí acuden a visitarle sus amigos y admiradores; piensa y escribe en medio de la soledad de una tierra vastísima, dilatada, muchas veces, sin árboles. Sus «obras completas» alcanzan casi cuarenta volúmenes, sólo comparable a los grandes maestros, como Galdós, Baroja o el mismo Balzac, y su vena continúa fértil e inlansable suando ya ha cumplido los ochenta y dos años.

Aunque algunos se han negado a reconocerlo, Josep Plá es un hecho mayor en la cultura catalana. En un día ya lejano, consciente de la savia rural y ducho en el menester periodístico, luchó por vivificar con la dinámica popular, la lengua catalana, asegurando la continuidad de la misma y adecuándola a los problemas de su hora.

En cualquiera de sus páginas, hallamos un chispazo de genio, una insólita fórmula de expresión, una observación certera del detalle real, un rasguño de humor inolvidable. En sus obras, hay de todo: innumerables notas de viaje, juicios políticos, consideraciones intelectuales, crítica literaria, etc. Pero lo que más abunda y rebrilla son sus paisajes, sus retratos,

sus instantáneas, en que el instante queda detenido y aprisionado en la misma condición de su fugacidad.

Bien puede decirse, que Plá, es una constante revelación. Lo ha sido siempre. Lo mismo ayer, en sus años de corresponsal en Madrid, como hoy, en la soledad del Ampurdán. Con su punto corrosivo, con su escéptica visión de las cosas, ¡qué provechosa sería la influencia de Plá tierra adentro!, diría Ridruejo en su prólogo de «El cuaderno gris». La suya es la influencia del buen sentido, del interés crítico, de la moderación y de la ironía.

Durante muchos años, Josep Plá movióse por tierras de Castilla. Su cuartel general era Madrid, donde ejercía la corresponsalía del periódico de Cambó, pero sus correrías se extendían por doquier del solar castellano. No se perdía ocasión de atravesar Castilla cuando todavía el paisaje no había sufrido influencias extrañas. Solía descubrir comarcas vírgenes casi, desérticas, sin suburbios ni urbanizaciones, sin cascotes, sin anuncios y sin plásticos volátiles. Ahí están sus libros para testificarlo. Entre ellos, hay uno de extraordinario interés —publicado a principios de los años treinta—, titulado «Madrid». ¡Cómo palpita esa admirable visión de Salamanca, con Miguel de Unamuno como telón de fondo...! Pocas veces se comprende la actitud del famoso rector como en este libro de Josep Plá. En él aparece una tierra castellana, llena de maravillas arquitectónicas y de todo orden, de un valor exquisito. En ella —dirá— sentimos los siglos de teología, los años de silogismos, la cultura de las declinaciones...

No faltará quien crea que el amor por Cataluña de Plá —ha dicho Rafael Manzano— les ha hecho deformar las imágenes de Castilla. Quien tal afirma no habrá leído su obra. De un lado, Josep Plá siempre aceptó el bilingüismo, cosa combatida por determinados extremistas idiomáticos, que también los hay. De otro, una mirada tan limpia y unas virtudes tan excelentemente descriptivas como las de Josep Plá no chocan; al contrario, se esponjan en el despliegue del paisaje castellano. En uno de sus libros, en el que relató su primer contacto con Unamuno en Salamanca, allá por los años veinte, puede recogerse una imagen de Castilla de una pureza extraordinaria.

Permitidme que haga un alto y os lea unas líneas brevísimas, sin traducir, como diría Manzano, temerosos de alterar la magia de su prosa: «El paisatge de Castella no és mai fogós; és un paisatge sever, que té, però, un claretat de diamant...!». Más tarde alude al registro de grises en la paleta castellana y apura el arsenal de sus adjetivos: «Un gris prim, sec, dur, mineral». Añade con visión casi orteguiana: «Es un paisatge més lineal

que voluminos. En aquesta Castella, les coses són tan lineals que no sembla tenir volum ni pes. El paisatge sembla una síntesi sonmiada de paisatge».

Claro está que luego no falta un Plá socarrón o de una posición irónica. Plá está de vuelta de todo. Uno de mis mayores placeres es un rato de charla con el gran escritor hablando de cualquier cosa, por fútil que sea.

Tres versiones distintas, pero las tres de una profunda admiración hacia esta tierra, donde el oro de vuestros valores no se empaña, y la virtud que os inspira y mantiene no se extingue jamás. Mi admirado amigo Eugenio Montes decía, hace más de treinta años, que no existe en Europa un horizonte más ancho, más levantado que el de Castilla. Y este horizonte, es el que ha intentado aprisionar, cada uno en su época, Corominas, «Gaziel» y Plá, y que yo esta tarde he querido evocar, envuelto con la severidad de ese maravilloso Salón de los Estrados.

Pocas cosas más quisiera decir. Hemos procurado andar por los caminos fatigados de Castilla, con los ojos limpios, con el oído atento a estas voces antiguas, iguales siempre y siempre diferentes. He intentado huir del tópico y de la acostumbrada retórica verbosa que ahuyenta el vuelo de la contemplación. Estos oteros y llanadas, tan esquivos, tan metidos en su ensimismamiento, están hechos para ser contemplados al paso, detenido, querencioso, sin prisas ni pretensiones interpretativas. Estas tierras enjutas y estos caminos monótonos están cansados, tienen demasiada experiencia y no pequeño acopio de desengaños, y por eso rehuyen la locuacidad y prefieren el hablar sentencioso, la palabra sobria y jugosa, no obstante su rudeza aparente. Si lo he conseguido, me daré por satisfecho, y si no, os pido perdón por mi intromisión. ¡Gracias!

José TARIN IGLESIAS

(*Director de "El Noticiero Universal", de Barcelona*)